

La tumba de Miguel Ángel Asturias en Asturias en París

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

El cementerio Père-Lachaise es, sin duda alguna, el más célebre de la capital francesa. Fue inaugurado en 1804 sobre una colina oriental de la ciudad y, tiempo después, bautizado con el nombre de quien fuera confesor de Luis XIV. Sus 44 hectáreas arboladas lo convierten en la mayor de las necrópolis parisinas. Sin embargo, más que por su tamaño, la fama del Père-Lachaise se deriva de las personalidades que allí han sido enterradas. A lo largo de sus ondulados paseos reposan los restos de decenas de hombres y mujeres de talla universal, entre los que podemos citar a Molière, Jean de la Fontaine, Honoré de Balzac, Frédéric Chopin, Eugène Delacroix, Marcel Proust, Oscar Wilde, Amadeo Modigliani, Isadora Duncan, María Callas, Édith Piaf, Yves Montand y Jim Morrison.

Para los amantes de la historia del arte, el Père-Lachaise ofrece un atractivo adicional: sus monumentos funerarios conforman un variadísimo catálogo de los gustos y los estilos en boga durante los últimos 200 años. Más aún, un número significativo de sus tumbas se inspiran en estilos pretéritos como el egipcio, el clásico greco-latino, el románico y el gótico, a veces reproducidos con fidelidad y en ocasiones reinterpretados libremente. Por doquier aparecen elementos de la iconografía mortuoria de la antigüedad, tales como coronas de laurel, ánforas, urnas, esfinges, seres alados, columnas y pirámides, comúnmente elaborados con mármol blanco, lava negra de Volvic o granito de diversas tonalidades. Forman parte de este excepcional acervo arcaizante la sepultura gótica de Eloísa y Abelardo, la capilla bizantina de Anna de Noailles, el monumento griego de la princesa Deminoff, el obelisco egipcio de Jean-François Champollion y el dolmen de Allan Kardec.

Aun en este contexto plástico tan disímulo, resulta inusitada la presencia de una estela maya en la 10a. división del cementerio. Su creación data de 1976, dos años después de la muerte en Madrid del ilustrísimo escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias. En aquel entonces se decidió trasladar el cuerpo del premio Nobel a París e inhumarlo merecidamente en el Père-Lachaise. Tras la ceremonia fúnebre, sus restos quedaron sepultados bajo una pesada lápida de concreto que tiene una

lámina metálica en la que están inscritos el nombre del autor de *Hombres de maíz*, las fechas de su nacimiento y de su muerte, y los principales reconocimientos que recibió en vida. Dicha lápida fue coronada con una réplica de la Estela 14 de Ceibal, la cual había sido descubierta 15 años antes sobre la Estructura C-18 de este conocido sitio del Río de la Pasión. Pese a carecer de fechas calendáricas, se sabe que la estela original data del siglo IX d. C. Pertenece al grupo de monumentos definidos como “no clásicos” y muestra en su cara principal a un gobernante de rasgos étnicos no mayas, que sujeta un palo curvo y un escudo con líneas horizontales.

Es sencillo entender el motivo del enterramiento de Asturias en suelo francés. Desde 1923, vivió prolongados y fructíferos periodos de su existencia en París. Allí fue estudiante, agregado cultural, exiliado político y embajador de su país. En esa ciudad, Asturias escribió *Leyendas de Guatemala*, comenzó la redacción de *El señor Presidente* y tradujo al francés el *Popol Vuh*. Organizó también una magna exposición de arte maya precolombino en el Grand Palais y, en gratitud a su tierra de elección, donó el conjunto de sus manuscritos a la Biblioteca Nacional de Francia.

Por el contrario, resulta paradójico que la piedra tumbal sea la copia de un monumento dedicado a la exaltación de un belicoso gobernante de Ceibal, sobre todo si tomamos en cuenta que Asturias dedicó su vida entera a luchar por la paz y contra la terrible opresión del campesino indígena de Guatemala por parte de dictadores, caciques y compañías bananeras. La elección de la Estela 14 sólo se explica desde una perspectiva en que las expresiones culturales prehispánicas —despojadas ya de su contenido y su significado originales— suelen ser valoradas simplemente por sus cualidades estéticas, que transmiten la imagen idealizada de un pasado nacional glorioso. En este mismo sentido habría que recordar el uso de la imagen de Xipe-Tótec —divinidad vestida con la piel de un desollado— para “decorar” las postales infantiles del UNICEF. 



FOTO: LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

Tumba de Miguel Ángel Asturias.
Cementerio Père-Lachaise, París.

rales prehispánicas —despojadas ya de su contenido y su significado originales— suelen ser valoradas simplemente por sus cualidades estéticas, que transmiten la imagen idealizada de un pasado nacional glorioso. En este mismo sentido habría que recordar el uso de la imagen de Xipe-Tótec —divinidad vestida con la piel de un desollado— para “decorar” las postales infantiles del UNICEF. 

Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Universidad de París. Investigador del Museo del Templo Mayor, INAH.